

JUAN BARRAGÁN RELATA LAS GRANDES INTIMIDADES DE LA POLÍTICA MEXICANA

CÓMO ESCAPÓ BARRAGÁN DE SANTIAGO

DON ADOLFO LE FELICITÓ QUE HUYERA
Pero esto no lo supo el general hasta que
De la Huerta se lo reveló últimamente

ANÉCDOTA DE LA REBELIÓN ESCOBARISTA

"Cuando Villarreal me dijo que habían perdido Jiménez,
me fui a E.U.", dice Barragán, riendo

CAPÍTULO II Y ÚLTIMO

Conversando, viendo una a una a las personas que lo escuchaban, como para saber qué impresión causan sus palabras; animándose más y más a cada instante, como diciendo que tiene mucho y mucho qué contar, el general Juan Barragán se hace un hombre simpático, atrayente; aparece en el hombre el ingenio.

Las rupturas en el constitucionalismo

Hay muchas personas que todavía se preguntan cómo Barragán, siendo muy joven, pudo alcanzar el puesto prominente que llegó a tener. Ello se debió, sin duda alguna, a su laboriosidad. Se refiere que el mismo señor Carranza se quedara sorprendido viendo trabajar al jefe de su Estado Mayor. La labor que desempeñó Barragán en las oficinas presidenciales superó siempre a la vida de placer de la que tanto se habló en los tiempos carrancistas.

La anécdota que refirió el general Barragán a propósito de la candidatura del ingeniero Bonillas, y a la que se ha hecho mención en el capítulo anterior, produjo una explosión de risa entre los oyentes del ex jefe del Estado Mayor presidencial. Él mismo celebró la ocurrencia, repitiendo jubilosamente:

—*Ese pelón fue el único responsable de nuestra desgracia...*

Don Adolfo, que esperaba toda oportunidad para aclarar la posición de los políticos sonorenses en 1920, después de festejar la anécdota, observó:

—*Luego, ustedes mismos comprendían que era un mal para el país la imposición de Bonillas...*

—*Tan mala como la imposición que ustedes querían hacer e hicieron de Obregón* —contestó Barragán rápidamente.

—*Pero repito que Obregón gozaba de popularidad que no gozaba Bonillas...* —insistió don Adolfo.

—*¡Ah, qué Fito, no hablemos de eso!...* —contestó el general y con visibles deseos de no continuar hablando sobre el particular, preguntó a su vez al señor De la Huerta:

—*Oye, Adolfo, y tú cuando nos hiciste delahuertistas...*

—*Alto, alto* —marcó don Adolfo con serenidad—. *No hablemos de delahuertismo; eso ya acabó; hace mucho que acabó; ahora todos estamos fundidos en un solo grupo que nació al calor de la revolución...*

—*En eso tienes razón, Adolfo. Ahora no estamos más que con Cárdenas... Lo que este presidente sí nos ha resultado un verdadero presidente. ¡Y qué hombre! Este sí que ha dado pruebas en todos sentidos de ser un verdadero gobernante... ¿Y qué opinan ustedes de Cárdenas? No; pero la verdad es que ustedes no pueden hablar más que a favor del presidente; pero usted, amigo periodista, usted sí nos puede dar su opinión. Usted, que habla con mucha gente, ¿qué opinión tiene del general Cárdenas?*

Cuando le dije que el periodista como periodista no sabe opinar, el general Barragán comprendió mi intención, y volviéndose al señor De la Huerta, prosiguió:

—Oye, Adolfo, tú nomás has tomado parte en una revolución, en la que perdiste. ¿Pero yo? Yo he tomado parte en todas, hasta en la del 29. Por cierto, que estaba yo en Chihuahua, cuando llegó el general Antonio Villarreal y me dijo que habían perdido Jiménez. Ya no quise saber más; tomé el tren y me fui para los Estados Unidos...

El general soltó una carcajada, mientras que los oyentes le festejaban el chiste. Un poco locuaz agregó:

—Yo siempre he ido a las de perder; pero ahora sí, Adolfo, te juro que no me volveré a perder en otra aventura; ya me las he visto negras. Por cierto que la que me vi más negra fue en la de 1920. Y ahora tengo que decirte, Adolfo, que todavía no sabes cómo me fugué de Santiago...

—Pero Juanito ¿cómo no he de saber cómo te fugaste, si yo mismo ordené que te dieran oportunidad para la fuga? —contestó don Adolfo sonriendo maliciosamente.

—¿Dices que tú? —interrogó el general.

—Seguro, hombre; refréscate la memoria y acuérdate que mandé que cambiaran la guardia de la prisión; tú me escribiste diciendo que estabas incómodo y yo entonces di las órdenes de tal manera que tú pudieras fugarte...

—Es cierto, Adolfo. Por cierto que solamente dos generales nos hemos podido fugar de Santiago: Villa y yo —comentó Barragán, continuando:

—¡Y qué les cuento! Cuando estábamos presos, un día el general Mariel me dijo: “Oye, mi general Juanito, tú y yo estamos seguros; ni a mí ni a ti nos fusilarán; aquí a los que se echan son a mi general Murguía y a don Manuel Aguirre Berlanga. A ti, mi general Juanito, lo más que te pueden hacer es quitarte el dinero y las propiedades que tienes y cuatro años de cárcel; a mí me darán unos quince días de arresto...” Pero ya ven ustedes, yo me fugué a los cuantos días y Mariel estuvo dos años preso. Más tarde nos encontramos los dos en París y le dije: “¿Qué pasó, general Marielito? ¿No que yo iba a estar preso cuatro años y tú quince días? Ya ves, ya ves, yo estuve quince días y tú dos años”.

—Me alegro, Juanito, que se te haya refrescado la memoria y que ahora digas delante de los amigos que no te hice ningún mal; que no le hice mal a nadie —expresó don Adolfo.

—Es cierto, Adolfo. No solamente no me hiciste males, sino que te estoy muy agradecido por los cuatro mil dólares que me obsequiaste en Nueva York. Por cierto, Adolfo, que ahora te he de confesar que te engañé. ¿Te acuerdas de aquel telegrama que te enseñé en Nueva York, en el que te ordenaban que me dieras los cuatro mil dólares? Pues el telegrama era falso... Me lo hizo un amigo y tú caíste en la trampa...

Las rupturas en el constitucionalismo

—No; eso no es cierto, Juanito —protestó don Adolfo—. No me engañaste. Lo que pasó es que yo estaba en la mejor buena voluntad de ayudarte y te ayudé.

—Sí, pero tú diste la orden para que me dieran el dinero después de que te mostré el mensaje firmado por Rafael Manzo; y te digo que ese mensaje estaba falsificado; que no era auténtico...

—¿Y tú crees que no me di cuenta? Sí me la di, y lo tiré a broma, comprendiendo que era una de tus tantas gracias ingeniosas... Hombre, si yo festejé después la ocurrencia; pero no te dije nada para que te quedara la impresión de que eras muy hábil...

—Pero no sabes qué agradecido te quedé, Adolfo, porque estaba en la pobreza. Tú fuiste siempre muy espléndido con los amigos... —dijo Barragán.

—¡Protesto! —exclamó el señor De la Huerta—. No fui espléndido sino sólo quise que todos los hombres de la revolución volvieran a unirse como 1913. siempre fue mi deseo que se acabaran las discordias; ya sabes que mi labor ha sido siempre de conciliación, de armonía.

—Eso sí es cierto, y el país tiene que agradecerte ese y otros beneficios... Pero no me digas que no le regalaste a Miguel Acosta el rancho El Nogal, que después compró Pancho Elías en trescientos mil pesos... —insistió Barragán.

—Creo que no es cierto, porque nunca me pidió nada Acosta. No estás echando mentiras, Juanito porque te vas a perjudicar...

—Yo no echo mentiras, Adolfo... Ahora hay que hablar toda la verdad... Hasta tenemos que hablar de aquellas intrigas que le hicimos al villismo... Sí, es cierto. La verdad es que hubo intrigas contra los villistas; y todo por Obregón. A mí nunca me fue simpático Obregón. ¿Se acuerdan ustedes cómo nos burlábamos de él en Hermosillo? Yo entonces era un jovencito, pero me acuerdo de que hubo muchas intrigas y que llamábamos a los villistas reaccionarios; y la verdad es que don Venustiano sí era reaccionario...

—Hombre, Juanito, modera tus palabras; no hables por hablar... —dijo el señor De la Huerta.

—¡Pero sí no hablo por hablar! A poco tú cometiste un delito abriéndole las puertas del país a los reaccionarios cuando eras presidente de la República... —contestó Barragán.

—Repito de que mi labor fue de reconciliación —objetó De la Huerta.

—Con lo que estoy de acuerdo; y creo que lo estará el país —expuso el general.

El ex jefe del Estado Mayor presidencial explicó que el señor Carranza pudo haber tenido también la intención de que todos los exiliados políticos

regresaran al país, pero la situación de México era tal durante el gobierno carrancista y había tales circunstancias, que no era posible realizar lo que pudo realizar más tarde el señor De la Huerta.

Refirió a continuación una anécdota a propósito de una visita que don Federico Gamboa había hecho al general Francisco Serrano, asegurando que era “absolutamente histórica”

La anécdota, que termina groseramente, fue referida por el general Barragán con gracia y fluidez. Comenzó diciendo que había un periodista a quien se le había ocurrido que Serrano era el amigo de los “viejos reaccionarios” y que, al efecto, dio por llevar a la presencia del entonces secretario de Guerra y Marina a todos a aquellos que habían pertenecido a otros regímenes, entre los cuales estaba don Federico.

Serrano, aseguró el general Barragán, recibió al señor Gamboa muy amablemente; pero ya al final de la conversación, el secretario de Guerra había hecho una pregunta tan indiscreta y de tono tan subido que éste había tenido que desistir de su amistad con Serrano.

Terminaba Barragán su anécdota cuando llegó don Martín Luis Guzmán. Éste y don Adolfo se dieron un abrazo.

—*¡Doce años sin vernos, don Adolfo, y está muy bien!*, exclamó Guzmán.

—*Trece amigo, trece años* —rectificó De la Huerta.

Bajo de cuerpo, de anchas espaldas, de tipo agradable, con una frente vanidosamente elevada, con unos ojos verdes pequeños, observadores, Guzmán contestando a una alusión que le hiciera el ex presidente sobre la ciudadanía española que había adquirido contestó:

—*Es que cuanto más español, se es más mexicano.*

Barragán prosiguió su charla, refiriendo una nueva anécdota. Contó que cuando don Venustiano estaba pronunciado en Saltillo, un día se quedó casi solo en la ciudad, pues había enviado al coronel Francisco Coss a desempeñar una comisión fuera de la capital del estado. Entonces se dirigió al jefe de un cuerpo de carabineros de San Luis Potosí que se encontraba en Concepción del Oro para que fuese a proteger Saltillo.

Aceptó el jefe de los carabineros y, apenas en Saltillo, fue llamado por un grupo de personas enemigo de don Venustiano. Esas personas propusieron al recién llegado, que había militado políticamente en un bando contrario a Carranza, que diera un golpe contra éste para evitar que se levantara en armas y para lo cual le ofrecieron cien mil pesos.

Las rupturas en el constitucionalismo

El jefe de los carabineros no sólo se rehusó, sino que advirtió quienes lo invitaban a traicionar a Carranza que de insistir en su propuesta, se vería obligado a aprehenderlos.

—*Esto viene a demostrar que entre los primeros revolucionarios no había generales que se dejaban conquistar con cañonazos obregonistas de cincuenta mil pesos...*
—comentó Barragán.

Como alguien preguntara al general si era cierto que se iba postular diputado por uno de los distritos electorales de San Luis Potosí, Barragán contestó:

—*Era cierto; pero ya no es... Ya estaba todo listo, pero Ávila Camacho me mandó llamar y me dijo que no era conveniente que me postulara para no invadir el territorio de Cedillo. Me dio a entender que la cosa venía de arriba y la verdad es que ya me he disciplinado... Pero no por eso he dejado de decir a los amigos que si me he retirado no es porque le tenga miedo al viejo Cedillo. No; eso no.*

Y seguidamente, en tono de guasa, agregó:

—*Y aquí entre nos, me he librado de una piedriza que de seguro me preparaban los cedillistas...*

—*Hombre, Juan* —intervino De la Huerta—, *no deberías de decir esas cosas; ya te he dicho que siempre te ha perjudicado el tanto hablar...*

—*¿Y qué de malo tiene lo que he dicho? Por el contrario, ¿deja de ser honrado el que yo diga que ante todo soy un disciplinado?*

Terminó así la jugosa plática del general Barragán, el hombre que, a pesar de su juventud, fue tan importante durante los últimos años del gobierno de don Venustiano Carranza.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 30 de mayo de 1937, año XI, núm. 257, pp. 1-2.